

PECES TROPICALES

Historias de Entebbe

Doreen Baingana

Traducción de María Gabriela Raidé
y Servanda De Hagen

eS
editorial
empatía

Título original: *Tropical Fish: Tales from Entebbe*

Baingana, Doreen

Peces tropicales / Doreen Baingana ; editado por Marcela Alejandra Carbajo. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial Empatía, 2022.

222 p. ; 20 x 14 cm

Traducción de: Servanda de Hagen ; María Gabriela Raidé.

ISBN 978-987-47786-3-5

1. Literatura Africana. 2. Cuentos. 3. Mujeres. I. Carbajo, Marcela Alejandra, ed. II. Hagen,
Servanda de, trad. III. Raidé, María Gabriela, trad. IV. Título.
CDD 896

©2005, Doreen Baingana

©2022, de la presente edición en castellano, Editorial Empatía

©2022, María Gabriela Raidé por la traducción (*Una carta de agradecimiento, Peces tropicales, Perdida en Los Ángeles, Sobre el hogar*)

©2022, Servanda de Hagen por la traducción (*Piedras verdes, Hambre, El primer beso, Pasión*)

Diseño: El Carbo

Primera Edición: Junio 2022

Marcela Alejandra Carbajo Editora

Editorial Empatía

Patagones 2827, Piso 5 - (1437) - CABA

www.editorialempatia.com

ISBN: 978-987-47786-3-5

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico,
sin la autorización por escrito de los titulares del Copyright.

PECES TROPICALES

Peter siempre se dejaba caer pesadamente encima de mí después de acabar, respirando corto y rápido, como si recién terminara de cruzar el lago Victoria a nado. Mi temor a que se estuviera muriendo se desvanecía pronto gracias a sus profundos ronquidos, poco después de haber rodado hasta quedar a mi lado. Me dejaba preguntándome qué estaba haciendo ahí, en la madrugada, junto a un hombre blanco que roncaba. Y también, ¿por qué era que los hombres se quedaban dormidos con tanta facilidad, tan profundo, después de resoplar y resollar encima de una? Ahí estaba yo, despierta, sola con mis pensamientos, unos ruidos sin fin en mi cabeza, como un tren fantasma. El sexo era como la escuela, algo que hacía porque sí. Es decir, por supuesto que yo también quería. Fui hacia allí, nadie me obligó.

En realidad, Peter era rosado, no blanco, excepto por su pelo, o lo que quedaba de él. Le había cambiado el color de pronto, por el estrés de los primeros años duros en Uganda, cuando recién comenzaba con el negocio de exportación de peces. Tenía solo treinta y cinco años, pero a mis veinte, era un anciano. Desnudo, sin embargo, parecía de catorce.

Era rellenito como un adolescente, un cuerpo blando, casi afeminado, de piernas blancas y flácidas. Su piel se sentía igual que la mía. Nos conocimos a través de Zac, un amigo del campus que además trabajaba para la empresa de Peter. Peter exportaba peces tropicales comprados por todo el país: del lago Victoria, del Alberto, del Kyoga y del río Nilo. Apenas pagaba unos centavos a los pescadores locales, y después enviaba los peces en tanques a tiendas de mascotas de Gran Bretaña. Daba muy buenas ganancias.

Zac y yo íbamos a la Universidad de Makerere, a la que solían llamar “La Harvard de África al sur del Sahara”, lo cual, si sacamos a Sudáfrica, no dejaba mucho más. Pero eso era en los sesenta, antes de que *Big Daddy*, Idi Amin, intentara matar a tantos profesores como fuera posible. La mayoría huyó al exilio, y la “guerra económica” se encargó del resto. Pero no nos quejábamos, éramos afortunados de estar allí.

Una tarde, estaba bebiendo *waragi* en el cuarto de Zac cuando llegó Peter. Zac me caía bien porque sabía que no iba a convertirse en un pez gordo, y por lo tanto ni siquiera lo intentaba. Aparentemente abastecía a Peter de *ganja*. Por haberme entrenado durante toda la vida para atrapar a un buen candidato, cuando Peter entró, inmediatamente me vi convertida en el ser dulce y tonto que les tengo reservado a los hombres. Me retraigo detrás de una sonrisa automática de muñeca de plástico. Peter parecía divertido con la tosca habitación. Como un turista, con los ojos bien abiertos, miraba a su alrededor la pintura resquebrajada que se estaba pelando, la lamparita que colgaba, el póster viejo y raído de

Bob Marley sobre la pared, la larga hilera de *Penguin Classics* con las esquinas dobladas que yacía inclinada sobre el escritorio, las pilas desordenadas de apuntes de clase escritos a mano. Zac estaba terminando sus estudios en Literatura.

Se levantó rápidamente de su silla y se la ofreció a Peter.

—Ey, *man*.

Zac se había autoconvencido de que era un negro americano. Nos reíamos del tono nasal con el que hablaba, de la jerga sacada de videos, del contoneo de leopardo rengo, especialmente en alguien tan petiso. Yo le repetía “Basta, Zac, no impresionas a nadie”, pero así era él.

Peter rechazó la silla y se sentó con cuidado sobre la cama de una plaza, que estaba cubierta con una manta liviana de color marrón. El *muzungu* quería jugar correctamente a ser pobre. Yo estaba sentada en el otro extremo de la cama. Al apoyarse, los viejos resortes chirriaron y crearon un profundo pozo en el medio. Sentí que me inclinaba y que estaba a punto de caer dentro del pozo, demasiado cerca de Peter, dentro de su tibio espacio personal. Me alejé y me senté sobre la almohada, recogiendo las piernas hacia mí. ¿Habrá pensado que no quería estar muy cerca de él, un hombre blanco? Hubo un silencio corto e incómodo. Pero con dos hombres ahí, no era yo quien tenía que iniciar la conversación. Zac dijo:

—¿Quieres beber algo, *man*? Peter, te presento a Christine, la nena más linda de todo el campus —Intentaba ser cortés, pero sonó más a burla. Sonreí como una tonta.

Peter se dio vuelta y me devolvió la sonrisa.

—Un gusto conocerte, Christine.

No mostró los dientes, solo una sombra, la línea gris de su boca. Puse una mano floja en la suya, que estaba extendida. Él la apretó con fuerza, como un castigo. Su piel estaba caliente. Murmuré alguna respuesta, todavía sonriendo a la nada, y después le di un sorbo largo al trago, manteniendo la cara dentro del vaso.

Zac metió la mano en una alacena pequeña de color oscuro. En el interior había dos grasientos platos rojos, una taza de plástico verde, un vaso polvoriento con dos o tres cucharas y tenedores adentro, una lata de sal y otra de grasa *Kimbo* para cocinar. Tomó el vaso, sacó las cucharas y sopló en su interior. Con el dedo arrastró un insecto muerto que se había quedado pegado en el fondo.

—Tengo que lavar esto. Vuelvo enseguida.

Y me dejó sola con Peter, en ese cuarto estrecho y sin sombras. Era la primera vez que me quedaba sola con una persona blanca. Hubo un silencio nervioso, de lamparita desnuda.

Con evidente expresión burlona, Peter giró para observar esa miserable habitación de un solo escritorio, una sola silla y una sola cama. Yo deseaba poder abrir la ventana para dejar entrar el aire fresco de la noche. Pero no me quería mover, y además los mosquitos rápidamente estarían zumbando dentro. Afuera lloviznaba levemente, las gotas golpeteando contra el vidrio, lo que hacía que las lucecitas cuadradas del pabellón próximo brillaran como una cortina negra y amarilla, lejana e inaccesible. En la nuca de Peter, unos mechones de pelo blanco sobresalían desparejos sobre el cuello de la camisa. La luz resplandeció sobre la calva cima de su cabeza

rosada cuando se movió para mirarme.

—¿Así que tú también vas a la universidad?

—Sí —cortito y claro.

—¿Sí? ¿Y qué es lo que estudias, Christine? —como un tío amable a un chico de cinco.

—Sociología.

—¿Sociologiiiiia? —alargó la palabra, y no pudo ocultar su regocijo—. Eso es bastante asombroso. Debes ser una chica muy inteligente —su sonrisa era amable de un modo diabólico, una mueca sombría.

Le devolví el gesto, demostrándole que *yo*, por lo menos, tenía grandes dientes brillantes. Ahí tienes. No creo que se haya dado cuenta.

Por suerte, Zac regresó justo en ese momento. Tragué con rapidez el resto del vaso y me fui. En la cálida noche recién llovida, el pasto mojado y la tierra empapada olían a fertilidad. Esquivé los charcos del pavimento agrietado, que brillaban con la luz de los faroles de la calle. No es que en verdad lo haya notado, porque estaba demasiado ocupada castigándome. Tonta, ¿por qué no le dijiste algo inteligente en vez de sonreír? Cuando estaba llegando a mi vestíbulo, me pregunté por qué estaba tan fastidiada, exasperada, incluso intrigada.

Ese fin de semana, Zac me dijo que Peter quería que lo visitáramos en su casa de Tank Hill.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Le gustas al *muzungu* —dijo con una risita corta y seca.

—No seas ridículo. No voy a ir.

—¡Vamos! Nos divertiremos. Habrá mucho alcohol, comida, también películas. Si quieres, puedes traer a Miriam.

Claro que terminamos yendo. Porque Peter vive en la cima de Tank Hill, una de las siete colinas que tiene Kampala igual que Roma. Allí arriba, las enormes mansiones de los diplomáticos se esconden detrás de altos muros de cemento rematados con una hilera de trozos de vidrio punzante. El alquiler solo se paga en dólares. Piscinas, guardias de seguridad, y él me quería a mí. Nada me ocurriría si iba con Zac y Miriam, mi alta amiga tutsi, a la que Peter preferiría de todas formas, me dije. Tiene el tipo de apariencia que le gusta a los blancos: es delgada, de pómulos y mandíbula elevados y angulosos, de ojos grandes y rasgados. Y era tan atrevida, hacía lo que se le daba la gana con una mirada audaz y una risa descarada. No tenía nada de tímida. Incluso fumaba en público. Así que yo estaba a salvo.

Estuvo bastante divertido. Peter fue extremadamente atento, sirviendo tragos, esponjando los almohadones, haciendo preguntas. Comimos de a tandas traídas por Deogracias, su empleado doméstico, un viejo de piernas chuecas y zancas unidas a un par de pies descalzos grandes como botes. Negro sobre rosa pálido. Deo nos hablaba en luganda, aunque por supuesto no lo hacía con Peter. Como si nosotros estuviéramos a su nivel de empleado. Más tarde, les comenté a Zac y a Miriam que hallaba la familiaridad con que Deo nos trataba

vagamente ofensiva, como si dijera “He visto a los de su clase pasar por esta casa antes”. Los dos se rieron de eso,

—Qué exagerada, Christine. ¿Qué tiene de malo ser amigable?

Peter eligió *Karate Kid* para nosotros, diciendo que era nuestro tipo de película. ¿Qué sabría él? Yo me concentré en los gin-tonics. Este era un mundo alejado por completo de mi hogar, de la universidad. Esta casa de grandes ventanas, pintada en tonos brillantes, olía a repelente de mosquitos surgido de unos espirales color esmeralda humeando con discreción en cada cuarto. Batiks alegres sobre impecables paredes blancas, aparadores de cristal que resplandecían llenos de alcohol y porcelana. Todo funcionaba: el teléfono, la canilla de agua caliente, un tacho de basura que se abría con el pie. No había necesidad de tocarlo. En cuanto se cortaba la luz, un generador se encendía automáticamente con un zumbido grave y tranquilizador.

Apagamos las luces para mirar la película y Peter se las arregló para acurrucarse cerca de mí. Fingí no sentirlo, mientras me hundía en la comodidad de tener todas mis necesidades satisfechas. Nada de qué preocuparme. El alcohol me calmaba. Cuando la película terminó, las luces permanecieron apagadas. Peter armó un porro y nos pusimos alegres. Todo se tornó más lento de un modo agradable. Él se me acercó de nuevo y comenzó a acariciarme el muslo enfundado en los pantalones, de arriba abajo y de abajo arriba, con suavidad, distraído. Era relajante. Me quedé quieta. No tenía que hacer nada.

Zac hablaba monótonamente sobre los tesoros escondidos de Egipto, de la sabiduría esotérica que Aristóteles había robado (¿o había sido Platón?), por lo cual los egipcios después lo olvidaron todo.

—¿Por qué no lo escribieron? —preguntó Peter.

Y nos reímos un rato largo. Miriam se levantó y zigzagué por toda la habitación, sosteniéndose la cabeza con las manos, mientras decía:

—Me siento relajada. Muy, muy relajada —una y otra vez, entre risitas.

Peter la llevó a una habitación vacía que estaba siempre preparada, con sábanas limpias, lámparas de luz suave y un baño de muchos espejos. Le trajo a Zac una frazada para el sofá y a mí me llevó a su cuarto, como si fuera la cosa más práctica y natural. Se sintió como un privilegio. El Dormitorio Principal.

En el baño, sacó para mí un cepillo de dientes nuevo de un paquete de veinte que ya estaba abierto.

—¿Tienes muchas visitas? —me pregunté en voz alta. Se rio y me besó en la boca— ¿Mujeres?—balbuceé mientras él me devoraba los labios.

Pensé en el envoltorio: un plástico azul sobre una caja de cartón, cada cepillo de dientes envuelto, a su vez, en un plástico propio dentro de su pequeño ataúd de cartón. Hubiese querido quedarme con la caja, pero no me atreví a pedírsela, se hubiera reído nuevamente de mí.

Me quedé acostada sobre la cama con la ropa puesta. Peter se sacó la ropa y la acomodó sobre la silla, doblándola

con cuidado, apuntándome al inclinarse con dos pálidas nalgas chatas. Después me sacó la blusa y los pantalones de un modo metódico y delicado, como si estuviera haciendo lo correcto, como si yo estuviera enferma y él fuera el enfermero, y me quedé acostada. Con la misma practicidad, se acostó a mi lado y me acarició durante unos pocos y precisos minutos, se puso un preservativo, me abrió las piernas y metió el pene. No fui capaz de abrazarlo de un modo convincente. Pensé que debía gemir y gritar y mostrarme excitada, como arrastrada por una furia salvaje, como la gente blanca en las películas. Pero me sentía bien alimentada y bien cuidada; igual que una niña llena de leche tibia. Un pensamiento persistía en mi cabeza como el titular de un periódico: estoy teniendo sexo con un hombre blanco. Se sentía raro que no se sintiera raro. Él acabó a los pocos minutos. Me acomodó bajo su brazo como una vieja costumbre y nos quedamos profundamente dormidos.

Peter se volvió un hábito cómodo. Los viernes por la noche me escapaba de la ronda habitual de fiestas en el campus para ir a lo de mi viejo hombre blanco; mi refugio, mi vida privada. Nadie me escrutaba, cuestionaba mis motivos o emitía ningún tipo de juicio allí arriba en Tank Hill, con excepción de Deo. Era el silencioso, deliberado e irritante recordatorio de lo real, del mundo ordinario y mi lugar en él. Pero una vez que Deo limpiaba las cosas de la cena y se iba a frotar sus enormes pies de bote con una piedra, yo era libre

de deambular desnuda por la casa amplia y ventilada, con un gin-tonic derritiéndose en mi mano. Esto me daba la sensación de estar flotando, un pañuelo limpio y extendido volando al viento. No tenía que embutirme en ropa ajustada, ni meter panza, ni estrujarme los pechos en el corpiño, no tenía que preocuparme por nada, ser nada. ¿A quién le importaba lo que pensara Peter? Él decía cosas sin sentido como:

—Eres de tantos colores al mismo tiempo, ¿cómo es eso?

—¿Y tu cuello rojo?

—Porque soy un campesino*, patrona.

—Eso creía.

—Ven aquí —terminábamos las peleas en la cama.

Mi hermana mayor, Patti, debió haber oído lo de Peter. Era una “nacida de nuevo” en Cristo, igual que yo alguna vez. Salvada, con un sentido muy claro y rígido del bien y el mal. Pero ella no me dijo: “Deja de verte con ese hombre blanco”. En cambio, me contó un sueño que había tenido: unas personas blancas me estaban dando drogas.

—Solo quieren usarte —me dijo.

No le contesté. ¿Qué le iba a decir? ¿Que en realidad eso no me importaba? Su arrogancia moralista me dio ganas de volver a lo de Peter cuanto antes.

* Juego de palabras entre *red neck*, literalmente cuello rojo y *redneck*, forma de llamar a los campesinos pobres del interior de Estados Unidos (N. de la T.).

Por alguna razón, le conté el sueño de Patti. Él se rio de mí. En su risa, escuché un “¡Qué negros supersticiosos e ignorantes!”. Quizás no fue así, pero como con la mayoría de las cosas que pasaban entre nosotros, no iba a tratar de explicarle lo que uno puede llegar a ver o leer en los sueños. No digo que sea verdad. Pero no lográbamos superar esa risa y llegar a algún tipo de entendimiento. O no queríamos intentarlo.

Un fin de semana, Zac me contó que habían ido al club náutico de Entebbe con otra chica, una joven camarera tonta, o algo así.

—¿Por qué me cuentas eso? —me burlé.

¿Pensaba que yo no conocía a Peter? De todos modos, no me gustaba el club náutico; prácticamente iban solo blancos, por las costosas tarifas de membresía y las reglas de admisión selectivas. Me volvía muy negra ahí. Zac se sorprendió de que no pareciera importarme lo de las otras chicas. Por qué malgastar sentimientos, me dije. Lo más molesto de todo era que Peter eligiera a una camarera.

Deogracias lo llamaba Mr. Peter. Le pregunté, después de dos meses o más, cuál era su apellido. Él me dijo “Llámame Mr. Peter”, y rio entre dientes. Le gustaba ese desmesurado respeto que, estaba segura, no obtendría de nadie en su país de origen. Mr. Smithson, leí en una carta suya. Qué ordinario. Cada vez que se quejaba de los insectos por todos lados, del helado horrible o de que solo había un restaurante chino, yo tenía ganas de decirle que sabía que era de clase baja, que era un *cockney*, y que aquí, prácticamente robando nuestros peces, le iba mucho mejor de lo que jamás le iría en Gran

Bretaña. Pero por supuesto que no lo hacía. Nuestra Señora de las Sonrisas y del Cuerpo Abierto.

Cuando Peter me llamó un viernes por la tarde, yo estaba indispuesta. Sentí que no tenía que ir, ¿para qué? Pero no podía decirle eso así, tan abiertamente. ¿Cómo podíamos admitir con franqueza que él me quería para el sexo, y que yo lo sabía y lo aceptaba? Y encima por teléfono. Era más fácil para mí no decir nada, como siempre. Tomé un taxi hasta su casa que él pagó. Ya había empezado con los tragos de la noche en la terraza, acompañándolos con *muchomo*, carne asada. Había un danés de visita, uno de esos típicos de ayuda humanitaria, al que Peter acababa de conocer. Ser blanco era suficiente para que estos expatriados se hicieran rápidamente amigos. Se reunían en Half-London, un conjunto de pequeños negocios alineados a lo largo de una calle polvorienta en la base de Tank Hill. Al frente de cada negocio, derritiéndose al calor brumoso, había unas sillas de plástico colocadas debajo de unas vulgares sombrillas rojas y blancas, que anunciaban *Coca-Cola* y cigarrillos *Sportsman*. ¡Yé, Ssebo! Había montones bebiendo cerveza y buscando prostitutas. Reuniones de “finjamos ser locales” que yo evitaba.

Pospuse contarle a Peter que estaba indispuesta, pero por alguna razón me sentí culpable. Finalmente, ya en la cama y con las luces apagadas, se me acercó como lo hacía siempre, y me alejé un poco.

—Estoy indispuesta.

—¿Qué? —yo nunca le había dicho que no.

—Ya sabes, indispuesta. Estoy menstr...

—Ah, sí. Bueno... —se acostó de nuevo boca arriba, un poco molesto. Pero de todas formas enseguida se durmió. En vez de sentir alivio, me sentí vacía, una caja de aire.

Esa Navidad, Peter viajó a Nairobi. Se fue muy alegre, vestido con una colorida camisa de flores, el fulgor del sol sobre su escaso cabello blanco y su calvicie rosada. El retrato perfecto de un jubilado preparándose para un crucero. Se iba a disfrutar de la comodidad relativa que ofrecía Kenya, de los cines, los lujosos hospedajes de safari, tal vez los resorts de la playa Mombasa. Había enviado un buen número de peces exóticos; era momento de unas vacaciones.

Cuando Peter me dejó en la ciudad, me besó en la boca, en el medio de Luwum Street, frente a las multitudes, antes de esfumarse. Me quedé en la calle bulliciosa y polvorienta, con los ojos de la gente fijos en mí como el sol ardiente. ¿Quién era esta chica a la que un viejo *muzungu* besaba a plena luz del día? Ay, ay, estas *malayas* se están poniendo demasiado atrevidas. ¿No podía buscarse alguno más joven en el Sheraton? Un hombre le gritó a Peter en luganda, para la multitud:

—Te dará SIDA, ¡mira qué flaca está!

Todos rieron. Otro le respondió:

—Es culpa suya, de estos bazungu, les gustan las mujeres

flacas. Deja que se enfermen.

Risa general.

Seguí caminando hacia el estacionamiento de taxis, ignorándolos. Una chica como yo no perdía tiempo discutiendo con los *bayaye* en las calles. Tenía cosas mejores que hacer. No durante la Navidad, pero él volvería. Llamaría cuando me necesitase y yo escaparía a su enorme casa blanca, la vida del gin-tonic, mis vacaciones. La verdad es que el campus también se parecía a unas vacaciones frente a la vida real que tenía por delante: trabajar, si es que lo conseguía, en algún área del gobierno donde se ganara poco, en una vieja oficina polvorienta de estilo colonial; zapatos con la suela despegada, una mazorca de maíz asado para el almuerzo, las deudas, los chicos, me convertiría en mis padres. Otra opción era casarme con alguien de la familia adecuada, de la tribu adecuada, del bolsillo adecuado y barriga, para hacerlo pagar las cuentas. Con mi título, valdría unas cuantas vacas exóticas, frisonas o jersey, no de las ordinarias *ankole* de cuernos largos. Pero no tenía que pensar en ello hasta dentro de dos años. Por ahora, seguiría mi juego: ser alguien más, o no ser nadie, por un par de horas.

Peter me trajo de Nairobi un jabón para baño de espuma, porque le había dicho que nunca antes lo había probado. Me preparó la bañera. El agua brotaba continuamente de ambas canillas. Abundancia, el lujo del desperdicio. Si nunca has cargado agua, si no sabes cuán pesado puede ser un bidón, cuán valiosa es cada gota, no puedes disfrutar realmente de un baño de espuma. Regocijarte en una bañera llena de agua

solo para ti. La encantadora y cálida espuma verde acariciándote por todas partes.

Peter se desvistió y se metió conmigo, con el pene tímidamente curvo entre su vello púbico colorado. Me abrió los muslos con suavidad y jugueteó con mis labios. Cerré los ojos, dejando todo de lado excepto su forma cuidadosa y entrenada de tocarme. Me hundí, me hundí en el placer. El agua tibia desbordaba, salpicando el felpudo del baño y los espejos lustrosos. Peter trepó sobre mí y entró con lentitud, y pensé que quizás sí lo quería, que quizás eso era el amor. Un tierno entrar en mí, cómodo y relajante.

Descubrí que estaba embarazada. La mayoría de las veces usábamos preservativos. Yo no decía nada cuando no lo hacíamos. Mis pechos empezaron a hincharse, tuve un mal palpito, como si mi vientre hubiera pasado el mensaje en secreto. Cuando tuve un atraso de más de doce días, le conté a Miriam. No podía contarle a Peter. No parecía ser un problema suyo; no era parte de nuestro silencioso pacto de sexo. Esto era personal. La hermana de Miriam, Margaret, enfermera, trabajaba en una clínica privada en la ciudad. Nadie me detuvo, todos sabían que había que hacerlo. Traté de no pensarlo. En la clínica, el anestesista me habló sin cesar con una voz amable y profunda mientras me inyectaba. Como no me dormí enseguida, me preguntó con una sonrisa cómplice si bebía mucho. Me dijo que iba a permanecer consciente,

pero que no sentiría nada. Justo como en la vida real. El doctor llevaba guantes color crema, era eficiente y amable, como Peter. Caí en un ensueño agradable. ¿Por qué siempre parecía tener las piernas bien abiertas frente a hombres amables que me metían cosas adentro? Yo se los permitía.

En la clínica, leí un artículo sobre las distintas especies de peces que están desapareciendo de nuestras aguas dulces, lagos y ríos, debido a las percas del Nilo. Fueron introducidas por el Departamento de Desarrollo Pesquero del gobierno colonial en los cincuenta. La perca del Nilo es fea e insípida, pero es enorme, y provee mucha más comida a la población. Se está comiendo a todos los otros peces tropicales de gloriosos colores, más pequeños y raros. Antes de desaparecer, muchas de estas especies exóticas no tienen nombre, ni siquiera han sido descubiertas. Todos los días, en algún lugar profundo y azul, ya era demasiado tarde.

Margaret me dio antibióticos y suministro de anticonceptivos como para dos años, diciendo secamente:

—Espero no volver a verte de nuevo por aquí.

Sin embargo, yo estaba algo preocupada, sobre todo porque el doctor me dijo que no debía tener sexo al menos por dos semanas. ¿Qué le iba a decir a Peter cuando llamara?

Tal vez debía contarle lo que había ocurrido. Ahora que había resuelto el problema, no estaría molestándolo al decírselo. Yo solo quería contárselo.

Fui a la oficina de Peter sin aviso, sin saber qué decir. Quedaba en Barclay Street, donde las grandes aerolíneas y las empresas de transporte de cargas tenían sus oficinas, algo conveniente para su negocio. Fue sorprendente ver cuán diferente era Peter en el trabajo: su gemelo serio, completamente sobrio, una visión rara para mí. Había sacado autoridad de alguna parte y se había convertido en el jefe, ya no era el amante borracho. Una noche, me contó que estaba preocupado porque todos los empleados dependían de él; ¿qué pasaría si fallaba? Esa charla, su inquietud, me puso incómoda. No era la imagen que tenía de él.

La primera vez que me llevó a su oficina, cuando yo regresaba de la universidad, vino a verlo un empresario indio. Los asiáticos estaban volviendo, quince años después de que Amin les diera setenta y dos horas para empacar todo y dejar el país. Estaban reestableciéndose con cautela, lo que no le agradaba demasiado a la clase empresarial.

Peter condujo al pequeño y bullicioso hombre de turbante negro a su oficina, donde yo esperaba. El indio miró hacia donde estaba yo y después a Peter, y sumó dos más dos. Después de un corto “¿Cómo está?” me ignoró y volvió a los negocios. Jagjit había venido a venderle dólares a Peter, lo cual era ilegal excepto a través del Banco de Uganda, pero era algo que la gente hacía de todos modos, por *magendo*. Sacó un sobre grueso y de allí unos billetes viejos y rasgados. Peter

revisó uno por uno cuidadosamente, frotándolos entre sus palmas, sosteniéndolos bajo la luz, dándolos vuelta y escrutándolos de nuevo hasta que quedó satisfecho. Apartó un solo billete que volvió a revisar después de terminar con el resto.

—Lo siento, Jagjit, pero este no es bueno —dijo. Era un billete de cien dólares. Como un millón de chelines.

—No, eso no puede ser. Me lo dio Sunjab Patel, tú lo conoces, en el Área Industrial —dijo muy rápido e impaciente.

—Sí, pero yo te estoy diciendo que no vale nada. Mira aquí —y lo compararon con un billete distinto, estirando el cuello hacia uno y otro.

Finalmente, Peter levantó el billete falso y con su típica sonrisa de satisfacción, lo rasgó en dos pedazos, con los ojos clavados en la cara de Jagjit, demasiado perplejo como para quejarse. Sus grandes ojos marrones fijos sobre las mitades que Peter sostenía en cada mano. Peter soltó los pedazos rotos sobre el tacho de basura y los dejó flotar lentamente hacia su interior. Todos observábamos.

—Tienes que ser cuidadoso, cualquiera puede engañarte por aquí —dijo levantando los hombros.

Peter giró hacia la caja fuerte, metida en un rincón, y sacó una bolsa de tela que vació sobre la mesa. Jagjit contó los fajos de billetes gastados. Se lo veía nervioso, aunque no supe si porque estaba avergonzado o molesto. Así salió, no sin antes dar una última mirada al billete roto, como queriendo tomarlo de la basura. Pobre hombre, pensé, pero después recordé que se lo merecía por haberme mirado así y decidir que yo no importaba. Peter sacudió la cabeza despacio.

—Desgraciado.

—No creo que supiera.

Peter se estiró y tomó las dos mitades del tacho, las palmeó y las apoyó juntas sobre la mesa.

—¡Peter!

Sonrió para sí y después levantó la mirada.

—¿Qué pasaría si te las doy a ti?

—¿Qué? ¿Y qué haría yo con eso?

—Mi pequeña y cristiana Christine —dijo, y volvió a reír por lo bajo.

Esta vez, Peter estaba muy ocupado con un grupo de hombres que cargaban una camioneta estacionada en la calle. De nuevo me sorprendió el modo en que se comportaba en el trabajo: severo y controlador, dando órdenes en voz alta, dando zancadas de un lado a otro. Entonces me vio.

—¿Qué estás haciendo aquí? —fue brusco e impaciente.

—Solo pasaba.

Me sentí horriblemente inoportuna.

—Estoy ocupado.

—Tengo... tengo que decirte algo.

—Está bien, espera.

Me hizo señas para que fuera a su oficina. Me siguió después de un momento. Pero, por algún motivo, no pude decírselo, así que le pedí un pedazo de papel y una lapicera, lo que lo exasperó todavía más. Escribí: "Acabo de hacerme un aborto".

Peter tomó el papel, sonriendo con impaciencia, pensando que era una travesura infantil. La sonrisa de siempre se atascó por un instante. Un indicio de algo que parecía enojo cruzó su cara de niño. No me miró. Me sacó la lapicera, anotó algo, y me pasó la nota sobre la mesa. Decía: “¿Quieres dinero?”.

Lo leí, le eché una mirada rápida y después desvié la vista, avergonzada. Pensé de nuevo en esas dos palabras. Dije que no con la cabeza, aparté mi cara, no, dinero no. No tenía nada que decir, y él tampoco contestó nada. Luego de un silencio triste, igual al de cuando hacíamos el amor, alejados el uno del otro, me paré para irme.

—Te llamaré, ¿sí? —siempre amable.

—Claro —siempre de acuerdo. Sí, claro, sí.

Los hombres que trabajaban para él se apartaron de mi camino del mismo modo excesivamente respetuoso que usan al tratar con blancos, pero con la exageración burlona con que actúan para sus mujeres negras. Los ignoré, como siempre, pero me estremecí cuando Peter me besó secamente en los labios, en frente de todos ellos, antes de irme.

La calle estaba difícil y calurosa. Llena de gente atravesando la vida con un propósito, calle arriba y calle abajo, con todo bajo control. Sin embargo, parecían alejarse de mí. ¿Me veía rara? ¿Tenía sangre en el vestido? El aire caliente y polvoriento que soplaba el tráfico frenético y ruidoso llenó mi cabeza como un trueno.

¿Yo quería dinero? ¿Qué quería? Baños de espuma, gin-tonic, sexo con drogas, la limpia y ventilada casa blanca donde poder olvidarme del polvo caliente del afuera, de la facultad, de mi vida terriblemente ordinaria, del futuro desalentador. Un par de horas libre de mí misma. ¿Eso era tan malo? ¿Quería que *él*, por sobre todos, se preocupara por mí? Él estaba intentando ser bueno, suponía yo. Estoy segura de que los únicos africanos que conocía necesitaban dinero. Seis meses de sexo, ¿y yo quería dinero? ¿Qué queríamos el uno del otro? Sin dudas, no un bebé. Nada tan permanente. Nuestro bebé. Qué broma. Descarté mi bebé del mismo modo que hacía con mi cuerpo, por una letrina repleta de cucarachas.

Atravesé el caos de la estación para subirme a un *matatu*; las caderas anchas y reconfortantes, los brazos calientes, los alientos húmedos de los desconocidos me apretujaron por todos lados. El viejo motor rugió al arrancar, tapando la estridencia de los *Soukous* de la radio. El conductor aceleró el motor varias veces para que los pasajeros vinieran corriendo, como si estuviéramos a punto de partir, aunque se quedó parado otros quince minutos. El cobrador llamó a más y más gente, ordenando que nos moviéramos, que nos apretujáramos, todos queríamos volver a casa, ¿no? Los vendedores ambulantes nos apoyaban plásticos baratos en la cara a través de las ventanillas, su saliva aterrizando en nuestras mejillas. La voz de uno de ellos penetró por sobre el ruido, insistentemente me pedía a mí, a mí, que comprara unos chicles *Orbit* para mis hijos en casa. “¡Doña, piense en sus hijos, sea buena con sus hijos!”.

Al fin nos movimos, balanceándonos, chocándonos unos con otros en cada bache, en cada cambio de dirección al esquivar los autos que venían directamente hacia nosotros, como la vida. Cerré los ojos, deseando que el ruido y el calor y el sudor retrocedieran muy al fondo de mi mente. El sol cegador nos pegaba a todos.